en él un raro ejemplo de desprendimiento de las honras y elevados puestos á que su nacimiento y circunstancias lo habian destinado. Despues de haber visitado aquellos lugares, cayó enfermo, y con este motivo pidió al superior de la Mision de Roma lo admitiese entre los suyos para unirse mas estrechamente con Dios; pero como la enfermedad declinó pronto y los médicos declararon que estaba en disposicion de caminar, dispuso el dicho superior referirse al consentimiento de Vicente en lo relativo á su admision en la Congregacion. Partió, pues, para Paris; pero en el camino volvió á atacarle la enfermedad, y llegando á Chambery se puso en estado que todos desesperaron de su vida. Viendo ya cercana su muerte, pidió con mucha instancia á un sacerdote de la Mision que Vicente le habia dado por compañero, que le diese el consuelo de presentarse en el juicio de Dios con el carácter de hijo de la Congregacion de la Mision, que era lo que siempre habia anhelado, y el sacerdote como pudo lo admitió en ella. Lleno de regocijo por este acontecimiento, entregó á Dios su espíritu el 3 de Mayo de 1660. Esta pérdida causó tan profunda impresion en el ánimo de Vicente, que por un momento le hizo prorrumpir en llanto, cosa en él tan estraordinaria, que se podia decir: *Ecce quomodo amabat eum:* Amólo hasta este punto.

Dió aviso de tan triste acontecimiento á todas las casas de la Congregacion por medio de la carta siguiente: «Ha sido Dios «servido de llamar para sí al Sr. abad de Tournus, á quien re«comiendo muy particularmente á vuestras oraciones. Ha que«rido este buen siervo de Dios presentarse delante de su Divina «Magestad con el nombre y sotana de misionero, habiendo sido «recibido por el Sr. N. pocos dias antes de su muerte en nues«tra Congregacion; cosa que con mucha ansia me habia pedido «varias veces; y yo no le habia dado oidos, por parecerme que «la pobre Congregacion de la Mision no era digna de un perso«nage de tal condicion y virtud. Digo esto, por no haber cono«cido otro hombre mas de Dios, mas despegado del mundo y mas «apartado de las criaturas. ¡O qué gran pérdida es esta para la «Iglesia y para la Congregacion! Jamas hemos tenido en esta ca«sa un predicador que mas haya eficazmente exhortádonos á la «modestia, á la humildad, á la pobreza, á la penitencia, al re«cogimiento, á la religion para con Dios y á la caridad para con «el prójimo, como él lo ha hecho con sus acciones. Nuestra so«la casa del cielo ha merecido el honor de poseerle en calidad de «misionero: á estas de la tierra ha dejado el ejemplo de su san«ta vida para ser de nosotros imitada, no menos que admirada. «Ignoro qué haya visto en nuestra mínima Congregacion que le «moviese la devocion de querer ser nuestro compañero. Espero «que él alcanzará de Dios nuevas bendiciones para los que ha«yan de entrar en nuestra Congregacion, y que les conseguirá «que hasta la muerte trabajen por la gloria del Señor y salud de «las almas." Estas palabras de Vicente encierran en sí cuanto puede la fama celebrar de este venerable sacerdote.

RENATO ALMERAS.

Fue este escelente sacerdote el segundo superior general y dignísimo sucesor de Vicente. Nació de padres nobles y poderosos en la ciudad de Paris: diéronle buenos maestros, é hizo tal progreso en los estudios, que á los veinticinco años vistió la toga del gran consejo, supremo tribunal de toda la Francia. Quiso Dios presentar en Renato un nuevo ejemplo del desprendimiento y menosprecio del mundo, haciendo que este jóven rompiese la cadena de honras y riquezas, tan rara como poderosa en su edad, que le unia á la tierra. Habiéndose retirado á la casa de San Lázaro, se ocupó algunos dias en los ejercicios espirituales, y de ellos sacó la firme resolucion de entrar en la Congregacion de la Mision. Opusiéronse á esta resolucion sus parientes y amigos, su mismo padre, acompañando sus razones con muchas lágrimas, y aun Vicente, quien no se contentó con ponerle graves dificultades, sino que se valió de una persona á quien Renato consideraba mucho para que le disaudiese de que entrara en la Congregacion, temiendo que la admision de un personage tan distinguido ocasionara algun relajamiento en su Compañía; pero Renato con tal esfuerzo perseveró en llevar adelante su proyecto, que al fin venció la resistencia de Vicente; siguióse á esto el consentimiento de su padre, quien á pesar de haber pedido dos años para pensar en tan árduo asunto, se ofreció cual otro Abrahan á

llevarlo él mismo al sacrificio que de sí mismo hizo en la casa de San Lázaro, la vigilia del nacimiento del Redentor, año de 1637.

Luego que entró al seminario, que es como entre los religiosos el noviciado, puso gran cuidado en adquirir las virtudes, y aprovechó tanto en la humildad y sencillez, que cuantos allí entraban admiraban en él un prodigioso varon; pero si no lo conocian, lo creian rústico y de bajo nacimiento. A instancias suyas consintió Vicente en que tuviese su segundo año de prueba; y viendo lo mucho que en este tiempo adelantó Renato en la perfeccion, determinó que en adelante todos los que abrazasen su apostólico instituto, habian de pasar dos años en el seminario. Luego que se ordenó de sacerdote, lo empleó el venerable fundador en el gobierno interior de este seminario, y con su ejemplo y eficaces amonestaciones, consiguió que se criaran hombres insignes para el ministerio. Vicente que conocia su gran prudencia y aptitud para ocupar los primeros puestos, le encargó ademas otros importantes oficios, como eran el cuidado de las misiones, el de los ejercicios de los ordenandos y otros semejantes, y despues lo hizo su asistente y visitador de diversas casas de la Congregacion, en cuyos empleos manifestó tan singular talento, que solia decir el siervo de Dios, *que para cortar de raiz cualquiera relajacion, bastaba una visita del Sr. Almeras.* Envióle de superior á la casa de Roma, y habiéndole faltado la renta por cierto accidente, logró remediar este mal con su diligencia; pero no pudo permanecer allí mucho tiempo por razon de enfermedad, y volvió á Paris, en donde de nuevo lo hizo Vicente superior del seminario que llaman de San Cárlos, y en este empleo tuvo mucho que padecer por los insultos de los soldados, quienes en esos desgraciados tiempos, cometian no pocos escesos en las inmediaciones de la ciudad. Despues fué enviado con otros misioneros á socorrer las necesidades de las provincias de Champaña y Picardía, y de la ciudad de Laon, en donde alivió la miseria de aquellos pueblos y reparó los daños que con motivo de las guerras habia recibido el culto divino. Los trabajos que en esta mision pasó alteraron profundamente su salud, y lo pusieron en peligro de muerte; pero en este estado su conformidad y sufrimientos fueron motivo de admiracion para cuantos le veian, no menos que el desprecio que de sí mismo manifestaba, diciendo con frecuencia á su compañero: *Hacedme favor, carísimo hermano mio, de ir á socorrer á los pobres, y dejadme á la Providencia de Dios.* El peligro en que se hallaba Renato, causó á Vicente el sentimiento que se nota en estas palabras que escribió á uno de los suyos: *La peligrosa enfermedad del Sr. Almeras nos tiene á todos confusos y sin aliento; y en cuanto á mi, no podré decir si en lo pasado he tenido cosa que tanto me haya afligido como el temor de perder, por mis pecados, á este sujeto: no obstante ellos, espero en la Infinita Bondad que le ha de conceder la salud.*

Cumpliéronse en efecto los deseos de Vicente, pues Renato convaleció y volvió á Paris, en donde continuó desempeñando las funciones de asistente y visitador de algunas casas de la Congregacion, en cuyo empleo volvió á caer enfermo, hallándose en Richelieu, el año de 1660, último de la vida de Vicente. Tres dias antes de la muerte de este su venerable y amado padre, llegó á Paris, pero en tal estado, que no le fué posible moverse del aposento, y por esto quiso Vicente que lo llevasen á verlo, y en efecto estuvo con él hablando mucho tiempo, al parecer sobre el modo de continuar dirigiendo el gobierno de la Congregacion luego que muriese: despidiéronse tiernamente, prometiéndose volver á ver en la patria de los justos. Con la noticia del fallecimiento de Vicente se supo que Renato quedaba nombrado vicario general de la Congregacion, cuya noticia templó algo el profundo dolor de los misioneros, pues consideraban que el espíritu de su prudente fundador y amante padre quedaba como depositado en el Sr. Almeras; y con esto de allí á pocos meses lo eligieron por superior general. Mucha resistencia opuso para recibir este honor cuya posesion le era tan terrible, que la sola noticia de su nombramiento le causó un desmayo que obligó á los misioneros á llevarlo sin sentido á su cama, y luego que volvió en sí, suplicó de mil modos que lo librasen de aquel grave peso que miraba como superior á sus fuerzas. Uno de los congregados para la eleccion, hombre de singular virtud y profunda humildad, viendo que Renato padecia continuas enfermedades, creyó que era gran impedimento la falta de salud para desempeñar las penosas ocupaciones de superior general; conocia por otra parte que aquel empleo solo podia confiarse á sus merecimientos y prudencia; y en estas dudas, recordando que la Iglesia universal se habia confiado por disposicion divina á San

Gregorio, y la habia hecho florecer este santo á pesar de que estuvo sujeto á penosísimas enfermedades, ya sin titubear dió su voto á Renato, y luego la esperiencia de once años seis meses que tuvo á su cargo el gobierno de la Congregacion haciéndola prosperar á pesar de sus muchas enfermedades, confirmó lo acertado de la eleccion.

Recogió el Sr. Almeras todas las memorias, cartas y demas papeles de Vicente para que en lo sucesivo sirviesen de norte á los superiores generales de la Congregacion. Hacia visitar las casas de esta muy á menudo, procurando que los que las gobernaban fuesen exactos; encargábales que nada hiciesen sin encomendarlo antes á Dios, y conferenciarlo despues con sus consultores, y con su ejemplo los animaba á obrar así; era tierno con los suyos, y cuidaba de ellos en sus necesidades como un padre amoroso. Dejándose engañar uno de sus misioneros del comun enemigo, se sujetó á tan rigorosa abstinencia, que puso en peligro su vida, y Renato para librarle de aquella tentacion, lo tuvo consigo en su mismo cuarto y le hacia comer en su presencia el alimento necesario. Redoblaba su cuidado con los enfermos, á quienes proveia de todo lo necesario, acariciaba y visitaba con mucha frecuencia, aun cuando fuese el mal contagioso, y en cierta ocasion que fué á visitar á uno de los enfermos, quiso este disuadirlo de que entrase allí, á lo que respondió: «No hay que temer, hermano, porque «tengo una buena triaca que me preserva de cualquier peligro.» Era esta triaca, como decia el enfermo, su gran fe y su encendida caridad.

Jamas hablaba de los defectos de otro, antes bien procuraba disculpar los yerros que se cometian, y con esta conducta que siguió, una vez que se trataba de dos hermanos que se habian salido de la casa, hizo mudar de opinion á un lego que tenia tentacion de salirse, y en adelante no volvió á tener motivo de disgusto; es de notarse que de los primeros habia dicho que nunca serian religiosos, pues con pretesto de serlo se salieron, y en efecto, no llegaron á conseguirlo; y del segundo dijo que no saldria de la casa, lo que tambien se verificó.

En su amor á los pobres fué perfecta imágen de Vicente, pues los visitaba siempre que sus fuerzas se lo permitian; repartiales por medio de alguno de los suyos, pan y leña en tiempos de carestía y de invierno; y en una ocasion que enfermaron muchos pobres de la parroquia de San Lázaro, gastó veinte doblones para socorrerlos, á pesar de que su casa se hallaba muy pobre. A los peregrinos, si hacia frio, ademas de darles su limosna, disponia que los llevasen á calentar; á los pobres vergonzantes socorria con particular liberalidad; socorria á los encarcelados y los exhortaba con dulzura á que hiciesen confesion general; á los religiosos necesitados les daba duplicado lo que le pedian, y aun se informaba de sus escaseces para enviarles algun socorro antes de que se lo pidiesen; en fin, ninguno salia desconsolado de su casa, ni se supo jamas que negase una limosna á quien la pedia.

Entre las muchas virtudes de Renato resplandeció muy particularmente su humildad: ocupabase en los oficios mas bajos de la casa; se acusaba públicamente de las faltas que cometia, especialmente de aquellas que podian causarle mayor confusion; si creia que habia tratado con severidad á alguno de sus súbditos, se arrojaba á sus pies y le pedia perdon; se estimaba por el mínimo de la Congregacion, y por el mas vil de los hombres; renunció el oficio de Superior General de la Congregacion, y no fueron pocas las lágrimas que derramó, porque no consiguió el que lo depusiesen de ese empleo: con gran cuidado ocultó toda su vida los raros talentos de que lo habia dotado el cielo; no se le oyó jamas hablar de la nobleza de sus parientes ni de las muchas honras que en el siglo habia disfrutado, y se negó hasta permitir que sacasen su retrato; deseaba ser de todos despreciado, y para dar de esto ejemplo á un sacerdote de su Congregacion que rehusaba pedir perdon á un canónigo con quien habia tenido cierto disgusto, lo tomó por compañero, fué con él á donde estaba y en presencia de otros canónigos que allí habia, se arrojó con su compañero á los pies del que se creia ofendido, y le rogó que no pasase adelante su enojo. Sabiendo una vez que en el seminario se hacian rogativas por su salud, que era tan importante para la Congregacion, dijo al director quejándose de ello: *¿Por eso se hacen rogativas? pues en adelante no se vuelvan á hacer, y mejor será rogar á su Divina Magestad que me abrevie la vida, para que se le quite á la Congregacion la ocasion de tantos escándalos como continuamente recibe de mí.* Era su ordinaria jaculatoria en los últimos años de su penosísima vida: *Deus, propitius esto mihi peccatori*, aplicándose de este modo las pa-

labras del Publicano, porque se creia el mas famoso pecador del mundo.

De esta profunda humildad nacia su maravillosa paciencia, de que dió bastantes pruebas en treinta años de enfermedad, durante la cual no se le oian mas palabras, cuando esperimentaba agudos dolores, que aquellas de S. Agustin: *Hic ure, hic seca, modo in aeternum parcas;* y si alguno manifestaba compasion de verlo padecer, le decia: *Justo es que sea castigado este miserable pecador.*

No fué menos admirable su desprecio por las cosas de la tierra: la renta que su padre le señaló, luego que entró á la casa de la Congregacion, la dejó á sus superiores: usaba en sus vestidos lo mas pobre, y hasta en los ornamentos sagrados queria que nada fuese sobresaliente ni rico; nunca quiso usar una hermosa casulla que su hermana le habia dado cuando cantó su primera misa. Se habia hecho un órgano para la iglesia, que tenia algunos ligeros adornos, y por esta circunstancia no quiso admitirlo hasta que no se los quitasen, diciendo que nada rico convenia á la pobreza de su instituto.

En cuanto á las mortificaciones del cuerpo, no quiso Dios dejarlas al arbitrio de Renato; pero le afligió con tantas y tan dolorosas enfermedades, que puede decirse que en el espacio de muchos años padeció sin intermision. No era menos ejemplar que asombroso en su mortificacion interior, y fué perfectamente dueño de sí mismo, dominando todas sus pasiones; privóse de visitar á sus hermanos y parientes, y en el espacio de veinte años solo vió á su padre dos ocasiones en que estuvo este en peligro de muerte. Este acto de generoso despego se lo premió Dios con darle á su padre la vocacion de misionero, en cuyo estado murió al lado de Renato, dejando ejemplos grandes de piedad.

Guardó la castidad con la mayor vigilancia, sin que jamas hablase con muger alguna á solas. Fué en esto, así como en otras muchas cosas, el mas fiel observante de los consejos y ejemplos de Vicente, y todo lo que durante su gobierno de la Congregacion hacia y ordenaba, lo ajustaba en un todo á la conducta que su padre Vicente habia observado en iguales circunstancias: así es que hasta á la hora de su muerte quiso echarles la bendicion en nombre de Vicente, lo que enterneció y edificó sobremanera á todos sus hijos.

ANTONIO PORTAIL.

El primer compañero de Vicente, como ya hemos dicho en la vida de este santo, fué Antonio Portail, sacerdote de la diócesis de Arli; vivió en compañía de Vicente casi cincuenta años, y en todo este tiempo tuvo por principal objeto imitar las virtudes de tan buen maestro, dedicándose con mayor empeño á igualarlo en la humildad, lo que consiguió casi completamente, pues en nada se deleitaba tanto como en verse despreciado de cuantos le trataban, y en huir todo lo que pudiera darle honra ó estimacion.

Conociendo Vicente los raros talentos con que el cielo lo habia adornado, lo ocupó en varios empleos, y le mandó componer un libro de meditaciones, que dió á luz ocultando su nombre. Era muy afecto á la oracion mental, y por esto amaba el silencio y el retiro, y seguia puntualmente el consejo de su venerable padre, de que un misionero debia ser entre los labradores un apóstol y en su casa un cartujo. Vicente solia proponerlo á los demas como un ejemplo de perfeccion y modelo de mansedumbre y cristiana dulzura, cuya virtud mucho le costó adquirir por ser naturalmente áspero y severo en su trato con los demas. Todos admiraban en él la exacta observancia que tenia á sus reglas, cumpliendo con las mas ligeras obligaciones y asistiendo á los oficios divinos, aun en muy avanzada edad. Nunca se le notó apego á las cosas terrestres; llegando á tal estremo de desprendimiento de ellas, que jamas escribió á sus parientes ni los visitó. Fué hasta su muerte Superior general de las Hermanas de la Caridad, y el espíritu que en ellas dejó prueba bien claro que era en él muy ardiente el amor del prójimo.

El temor de la muerte y del último juicio lo tenia continuamente acongojado; pero el Señor quiso quitarle esta cruz en los últimos dias de su vida, dándole una dulcísima paz y tranquilidad con la que murió en los brazos de sus hermanos el año de 1660.

El mejor panegírico que de Antonio Portail puede hacerse es la carta siguiente de Vicente, en que comunica á los suyos su feliz tránsito: dice así: « Ha sido Dios servido de privarnos del Sor. « Portail que pasó á la otra vida el 14 de Febrero. Habia temido « continuamente la muerte; pero viendo que se acercaba, la acep-